

Patricia Novillo-Corvalán. *Modernism and Latin America. Transnational Networks of Literary Exchanges*. New York: Routledge, 2018. 189 pp. ISBN 1138218502.

Reviewed by  
Marcelo Rioseco  
University of Oklahoma

No es frecuente en los estudios latinoamericanos tropezarse con estudios literarios provenientes de la literatura comparada. Un prejuicio quizás invada a la academia en US: con el predominio de los estudios culturales y sus agendas políticas, los estudios latinoamericanos bastarían por sí solos como documentos culturales ilustrativos de ciertos problemas políticos. O, visto de otro modo, el diálogo trasatlántico —presente en toda la literatura latinoamericana desde su fundación— no sería esencial para entender fenómenos literarios y/o culturales que, al final de cuentas, son estrictamente latinoamericanos. La hipótesis es discutible, pero resulta difícil no leer un libro como *Modernism and Latin America. Transnational Networks of Literary Exchanges* sin pensar en lo mucho que tiene que decir la literatura comparada en los estudios literarios latinoamericanos. Y este texto de Patricia Novillo-Corvalán —y publicado por Routledge— tiene mucho que decir al respecto. Se trata de un aporte no menor, pues va, de alguna manera, al poner la literatura en el centro del análisis y también del debate, a contracorriente con cierta manera de hacer academia en US.

En *Modernism and Latin America*, Patricia Novillo-Corvalán nos invita a repensar el modernismo europeo y sus relaciones de intercambio cultural y literario con Latinoamérica durante un siglo XX muy intenso en esta materia. Se trata de un intercambio desigual, irregular, a veces microscópico; y otras —no pocas—, insospechado. Como sea, *Modernism and Latin America* propone una lectura de un heterodoxo grupo de textos que tienen en común temas como “exilio, espacio, imperio, colonización, recepción, traducción, intersubjetividad humana y experimentación modernista” (s/p). Sin embargo, de todos estos enfoques, el del diálogo estético (influencias, correspondencias y aprendizajes) entre un grupo de escritores de habla inglesa (Beckett, Joyce, Woolf, Eliot, D. H. Lawrence y Malcolm Lowry) con otro grupo de destacados escritores latinoamericanos (Neruda, Borges, Victoria Ocampo, Cortázar, Paz y Bolaño) resulta de profundo interés. El lector encontrará aquí inéditas revelaciones acerca de la verdadera dimensión de estos diálogos transnacionales.

El texto de Novillo-Corvalán está dividido en cinco capítulos, los cuales, al mismo tiempo proponen “cinco casos” donde es posible pensar el modernismo

transnacionalmente. Esta aproximación teórica tiene evidentes ventajas; se trata de implementar nuevos paradigmas espacio-temporales con el propósito de mostrar el modernismo como un fenómeno más global y no solo como un movimiento dominado por el canon anglo-europeo. De este modo, es posible afirmar que la reconceptualización de los modernismos y las modernidades en contextos globales se ha vuelto una prioridad en los llamados “New Modernist Studies” (6). Los tres primeros casos se enfocan en “establishing geopolitical nexuses between Irish, British, Sri Lankan, and Latin American modernists and their respective cultural institutions [...] especially in relation to anti-imperialist projects and literary collaborations that promote solidarity and transnational aesthetic exchanges (10). Es importante señalar que se trata de una revisión del modernismo (o los modernismos) europeos y su relación unívoca y/o biunívoca con un grupo de escritores latinoamericanos, ninguno de los cuales fue un escritor modernista tal como se ha entendido este término tradicionalmente en América Latina. En este sentido, se echa de menos un análisis del concepto de modernismo (en este contexto) desde la “orilla latinoamericana”.

El primer capítulo trata una “potencial lectura poscolonial” de la primera novela de Virginia Woolf, *The Voyage Out*. A través de un meticuloso examen de archivos, Novillo-Corvalán demuestra la innegable influencia que tuvo para la escritura de su primera novela el estudio que la misma Virginia Woolf realizó para su marido, Leonard Woolf y publicado con el título *Empire and Commerce in Africa* (1920). La hipótesis aquí es que este conocimiento de los detalles comerciales con el cual el imperio británico mercantilizaba —siempre, hay que decir, de manera desproporcionada e imperialista— ciertos productos alimenticios con Argentina problematizan “el mensaje político” de la novela de Woolf. No solo eso, en la segunda parte de este capítulo se intenta mostrar a una Virginia Woolf consciente de los abusos de los derechos humanos en las Amazonas, lo cual demostraría su compromiso con “los temas geopolíticos de su tiempo” (10). Sin duda que la lectura es sugerente y resulta a todas luces una sorpresa comprobar cuánto sabía Woolf de América Latina y, en particular, de Argentina. La investigación de Novillo-Corvalán es a tal punto minuciosa y hecha con tal profundidad que su argumentación en este punto resulta irrefutable. Y no solo eso, pues es una sorpresa constatar que la tensión entre los sentimientos antimperialistas y la agenda feminista de esta destacada escritora inglesa tuviesen en su primer libro un posible origen en su interés y conocimiento de un país sudamericano, especialmente sabiendo que Virginia Woolf nunca visitó el continente latinoamericano. Sin embargo, aunque la tesis de Novillo-Corvalán es demostrada con rigor, es la misma investigadora argentina la que siembra en este capítulo la duda capital en el lector y es la siguiente: el lector se pregunta hasta qué punto la mirada de Woolf no era sino otra mirada europeizante más, “paternalista” y no solo idealizada, sino también exótica de Sudamérica. La primera prueba la aporta la misma Novillo-Corvalán cuando describe la relación entre Virginia Woolf y Victoria Ocampo. Esta última siempre vista por la escritora inglesa como “un personaje fabuloso proveniente de un país remoto del cual Woolf poco o nada sabía”

(Lojo Rodríguez, 22). El mejor ejemplo de esto último es una carta de Woolf donde agradece unas orquídeas enviadas por Ocampo, las cuales son descritas como “this is what a garden in South America looks like” (22), revelando su profundo eurocentrismo y, al mismo tiempo, una involuntaria visión orientalista. Esta anécdota resulta tan evidente que Novillo-Corvalán dedica el resto del capítulo a refutar, con pruebas, datos y argumentaciones (el trabajo de Woolf es estrictamente empírico), esta visión de Woolf sobre América Latina. Esto no desmerece el análisis de Novillo-Corvalán sobre *The Voyage Out*, el cual está cuidadosamente realizado para volver a concebir esta novela como “una plataforma estética para realizar una mordaz crítica de la emergente economía capitalista global” (45).

81 notas cierran el capítulo 1. Nada queda sin decirse, probarse o argumentarse. A medida que se avanza en la lectura del libro de Novillo-Corvalán, la sensación de estar frente a una investigadora escrupulosa y en pleno dominio de la tesis que busca probar se hace cada vez más evidente. Resulta, en verdad, agradable perderse (en el mejor sentido de la palabra) a ratos entre tanta información tan bien presentada. Es así como 76 notas más acompañarán el segundo capítulo que trata del Neruda de las *Residencias* casi exclusivamente y de su compromiso antimperialista. Aquí hay mucho que decir y problematizar. Destaco los siguientes puntos. Primero, resulta muy interesante ver cómo Novillo-Corvalán lee un Neruda político antes del Neruda político tradicional, el cual ha sido y sigue siendo el Neruda que emerge con *Canto General*. Esta aproximación anticanónica, si podemos llamarla así, es refrescante y funciona muy bien, pues Neruda no salta a la vida política desde un vacío contextual; hay cosas que se fraguan y piensan por años. Y este examen del Neruda en Birmania, Ceilán y posteriormente del Neruda cónsul en un par más de países de oriente da prueba de ello. Provechosa es la lectura acerca de la relación de Neruda con los artistas ceilandeses Lionel Wendt y George Keyt, además de los análisis de algunos de los poemas del poeta chileno a la luz de la tesis de este texto. Especialmente iluminador es el apartado “Pablo Neruda: Translator of Joyce” donde nos enteramos de un aspecto que pocas veces la crítica nerudiana toca a profundidad: Neruda traductor. Quizás de este primer análisis —y estas traducciones de Neruda— habría mucho más que decir del estilo fragmentario y experimental de sus *Residencias*. Habría que observar que, si bien se trata de un capítulo bien pensado y detalladamente investigado, en varias partes la conceptualización del trabajo de Neruda parece ir más allá de lo necesario reduciendo el proyecto poético nerudiano a una agenda política no claramente presente en el Neruda de esa época, el cual él mismo poeta revisó y rechazó una vez aceptado su compromiso político con el Partido Comunista chileno. En este contexto, habría que problematizar afirmaciones como las siguientes: “Neruda’s decolonising literary project proposes a form of aesthetics solidarity and cooperation between former European colonies (including Ireland) [...] (51). O la siguiente: “Neruda ‘decentres’ modernism by underscoring the aesthetics production of alternative cultural centres such Colombo and Buenos Aires, as part a concerted effort to rethink modernism from the translateral perspective afforded by

‘southern’ locations and, by extension, through their subsequent triangular negotiations with the West” (52). El Neruda que conocemos y el que queremos descubrir en este análisis se pierde a ratos, sino se desdibuja, en una construcción conceptual académicamente demasiado trabajada. Muchos de los poemas de las *Residencias* los escribió un poeta lejos de su país, un sujeto solipsista (sí se quiere), en países donde raramente se hablaba español, ejerciendo un cargo diplomático mal pagado que le dio la oportunidad, paradójicamente, de escribir sus mejores poemas. Vale la pena preguntarse si al mismo tiempo Neruda se proponía una agenda política donde un poema como “Walking Around” es “another critique of the harmful effects of the modernity” (58). A veces una pipa es solo una pipa. Hay entonces que diferenciar en este texto de Novillo-Corvalán dos aspectos de su trabajo: los análisis de las obras estudiadas y la conceptualización que se hace de ellas con el propósito de enmarcarlos en el contexto de los intercambios literarios transnacionales modernistas.

96 citas acompañan el capítulo 3 y cobran pleno sentido en un capítulo que podría leerse como una interesantísima historia secreta de la literatura mexicana. El capítulo se titula “The Cultural Politics of World Literature” y explora un hecho poco conocido: la compilación de una antología de poesía mexicana (*An Anthology of Mexican Poetry*) patrocinada por la Unesco y que debía ser traducida al inglés y francés posteriormente. El encargo lo recibió Octavio Paz y tiene la curiosidad de que el traductor al inglés fue nada menos que Samuel Beckett. Este capítulo menos teorizado y, de alguna manera, enmarcado en una suerte de aproximación a partir de una sociología de la literatura está plagado de comienzo a fin de los más interesantes detalles que rodearon esta publicación. Sin exagerar, es una radiografía de la intrahistoria de este proyecto que involucró a dos premios nobel en torno a un grupo de poemas escritos por autores canónicos de México (103 poemas escritos por 35 autores) (85). Para quien le interese el tema, le resultará interesante analizar el mecanismo con el cual se llevaban a la práctica las políticas culturales de cooperación en una institución de esta envergadura. Pero más reveladora resulta la relación del mismo Beckett con la traducción de estos poemas escritos en español, un idioma que el autor irlandés no parecía dominar completamente. Un detalle, creo que pocos lectores sabrán que Beckett tenía en muy alta estima a Sor Juana Inés de la Cruz cuyos poemas “he praised as extraordinary and untranslatable” (91). Estos detalles hacen del libro de Novillo-Corvalán un texto muy singular en muchos aspectos.

La segunda parte del libro de Novillo-Corvalán compendia los dos últimos capítulos, los cuales tienen al escritor chileno Roberto Bolaño como la figura común. La idea aquí es explorar las relaciones (de intercambio cultural y literario) entre Latinoamérica e Irlanda poniendo en el centro de la discusión al legado de James Joyce como una suerte de piedra angular, la cual puede ser vista como un fenómeno transnacional (13). La primera parte de este capítulo revisa dos casos —y hay que llamarlos así, pues resulta casi imposible generalizar relaciones de intercambio literario y/o culturales entre escritores latinoamericanos y Joyce a partir de los ejemplos

proporcionados en este capítulo. La primera parte examina la relación de influencia de Borges y Bolaño (en sus años formativos) con Joyce. El primero, a partir de su reseña del *Ulises* de 1925 y el segundo, con su primera novela —y sin duda no la más llamativa desde ningún punto de vista de la crítica— *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce* (1984). El legado de Joyce es claro e innegable no solo en estos dos escritores, sino en muchos otros de lengua española. Aún así, los dos ejemplos proporcionados por Novillo-Corvalán son importantes de estudiar para examinar y/o confirmar la tesis de este libro, especialmente porque Bolaño ha constituido una referencia innegable en la literatura hispanoamericana de las dos últimas décadas. Sin embargo, algunas afirmaciones sobre Bolaño resultan problemáticas. Por ejemplo, aquella donde se afirma que la literatura de Roberto Bolaño ofrece una alternativa al paradigma establecido por el realismo mágico (108). Tampoco resulta convincente esta otra: [Bolaño] “complicates our perception of national literatures” (108). Aquí vale la pena detenerse un poco y preguntarse si este término sigue teniendo validez fuera de la academia en pleno siglo XXI. ¿Es que los escritores latinoamericanos, especialmente uno que vivió en Chile, México y España, buscan todavía desafiar las barreras nacionales como si lo nacional —lo que quiera que signifique este término— fuera una condición *per se*, inevitable y reductiva para los escritores del *global south*? ¿No será que Bolaño, lector de Borges, ya había aprendido esta lección cuando escribió su primer libro? Novillo-Corvalán da cuenta de esta lección borgeana de parte de Bolaño citando el famoso artículo de Borges: “El escritor argentino y la tradición”. Lo que resulta problemático —habría que insistir— es pensar la literatura de Bolaño como el resultado de esta actitud irreverente hacia el canon occidental como si fuera la única fuente generadora de su trabajo creativo, pues no hay nada realmente original en esta actitud de Bolaño. Muchos han sido los escritores latinoamericanos del siglo XX que se han visto como parte de la tradición literaria de occidente. Un solo ejemplo, su compatriota José Donoso. Como sea, este apartado del libro abre un debate, lo polemiza, desafía las concepciones preconcebidas de los lectores, y en eso siempre hay que destacar esto, más que como un problema, como un aporte a la discusión intelectual académica. También hay que leer con atención lo que Novillo-Corvalán tiene que decir, por ejemplo, de la relación entre *Los detectives salvajes* y las influencias de Joyce y Cortázar en este texto seminal de finales del siglo XX.

El último capítulo cierra el libro con una atractiva tríada: Lawrence, Lowry y Bolaño y el mito de paraíso infernal, el cual no es otro que el México posrevolución. Se viven en México tiempos de ebullición, creación y cambio. Escritores (todos británicos) como Lawrence, Lowry, Greene y Huxley viajan a México donde escriben el país como un lugar “reimagined as a infernal paradise” (13). Esto pone a México en el centro de un modernismo que les permite a escritores de esta talla hablar desde una periferia donde la vida se concibe en una eterna dialéctica de atracción y repulsión, allí donde la fiesta y la vida se encuentran en un abrazo mortal a la vuelta de la esquina. El término “infernal paradise”, por supuesto, exhibe una nada tímida mirada orientalizadora hacia el

país latinoamericano y, como bien observa Lee Bebout, este mito es parte de una mirada imperialista que también ha tenido lugar en la mentalidad imperialista de los Estados Unidos (14). Esto es, no es un tropo exclusivo de una cultura imperial británica. Para nadie es sorpresa descubrir los mil artificios discursivos con los cuales los imperios justifican su expansión a través de sus permanentes invasiones militares, políticas y/o culturales.

El capítulo comienza citando una famosa broma de Roberto Bolaño, la cual no les hizo mucha gracia a algunos escritores mexicanos, y es la siguiente: “Los autores de las mejores novelas mexicanas son tres emigrados británicos: Lawrence, Greene y Lowry” (136). Una clásica *boutade* de Bolaño como lo fueron docenas de otras provocaciones propias de un escritor para quien el campo literario fue siempre un terreno en permanente y, muchas veces, violenta disputa. Lo interesante en esta parte del texto es cómo Bolaño asume los tropos del paraíso infernal en su propia obra. Sin embargo, una luz roja se enciende aquí. El estudio de esta aproximación resultaría más interesante si la autora de este libro hubiese examinado el ya clásico estudio sobre Roberto Bolaño del investigador chileno Alexis Candia, *El paraíso infernal en la narrativa de Roberto Bolaño*, publicado por la Editorial Cuarto Propio en 2011. Esta ausencia resulta notablemente llamativa en un texto tan escrupuloso como el de Novillo-Corvalán. El resto del capítulo mapea con riguroso cuidado otra red más de intercambios transnacionales en el contexto del modernismo probando la tesis fundamental de este libro, la cual se puede resumir en la idea de que el modernismo europeo hay que entenderlo como un fenómeno plural, global y también desterritorializado.

Para terminar, un detalle: *Modernism and Latin America* es un estudio más que riguroso de un tema no tan común dentro de los estudios literarios latinoamericanos. El texto da cuenta de innumerables intercambios y diálogos entre escritores muy distintos y allí Novillo-Corvalán tiene mucho que decir. Y lo dice. En este punto hay un aporte concreto y valioso. Por otro lado, no pueden dejar de mencionarse ciertos problemas, reales o aparentes, de este texto, que se desprenden de una conceptualización que a ratos resulta excesiva. Leer retrospectivamente escritores del siglo XX para conceptualizarlos bajo prismas teóricos de las agendas actuales de la academia presenta innumerables riesgos y habría que asumir potenciales lecturas erradas producto de esto mismo. Otro problema visible es el exceso de información conocida como sucede, por ejemplo, con la historia del Ultraísmo que se presenta en el capítulo 4.

En resumen, *Modernism and Latin America. Transnational Networks of Literary Exchanges* ilustra acuciosamente los encuentros transnacionales entre escritores de habla inglesa y española durante el siglo XX. Este estudio nos invita a pensar otro tipo de modernismo. El trabajo de Novillo-Corvalán, al mismo tiempo, propone una interesante vía de comunicación no solo para aquellos que son especialistas en este tema, sino para investigadores interesados en literatura latinoamericana, estudios trasatlánticos, estudios postcoloniales y lo que teóricamente se ha dado a llamar “*global south*”.